

Manuel Peña Muñoz

Los Cafés Literarios en Chile



AE
ARCHIVO
DEL
ESCRITOR

 **RiL**
editores





Fachada del Club de la Unión en la Alameda de Santiago.

VI. LAS VELADAS DEL CLUB DE LA UNIÓN

Otro punto de reunión obligado para conversar y departir fue el Club de la Unión. Los contertulios eran en sus inicios liberales y conservadores que por el gusto de hablar de política se reunían primero en la casa de don Rafael Larraín, hombre progresista y agricultor moderno.

Posteriormente las tertulias se trasladaron a los altos de la casa de doña Joaquina Concha de Pinto que arrendaron en Estado esquina Huérfanos donde fundaron el Club en 1864.

El Café del Club de la Unión

Era aún una época tradicionalista y dormida en el viejo Santiago. La decoración de este Club inicial era sobria y los principales adornos de sus salones eran seis cuadros de santos religiosos que prestó a la nueva sociedad la respetable dama santiaguina doña Dolores Ramírez de Ortúzar.

Los socios se juntaban para charlar y jugar al billar que estaba prohibido los Jueves y Viernes Santos. También jugaban rocambor, poker y malilla. Leían los diarios y preparaban el café en un sencillo anafe. Un año más tarde, los socios habían aumentado y se trasladaron a la casa de enfrente, en forma diametralmente cruzada a la casa de los inicios.

Esta nueva morada era más cómoda que la anterior, aunque igualmente sencilla. Contaba con una cocina y los socios podían sentarse a platicar de política y viajes mientras comían "hervidos a la chilena" y el característico "pescado en fuente de barro".

Poco duraron en esta casa los miembros del Club inicial porque la casa fue devorada por un incendio. Sin embargo, no quedaron desamparados porque el Club de Septiembre ofreció hospitalidad y conversación a los contertulios que, amparados en un techo amistoso, decidieron comprar un local propio que reuniera suficientes condiciones y mejor seguridad.

Fue así que adquirieron la casa de la señora Felisa Ossandón de Havilland, situada en la Alameda, entre Ahumada y Estado. Fue necesario adaptar la casa a Club Social y de esta manera, se habilitaron en los altos dos elegantes comedores y un hermoso salón de billares ornamentado por elegantes columnas que llamaban "la Basílica" por su noble arquitectura. Además encargaron a Europa muebles, alfombras, tapices, cortinajes, lámparas, vajilla, cubiertos y adornos.

Por fin, en marzo de 1870 el Club de la Unión abrió sus puertas por primera vez en sede propia. Esta vez contaban con lujosos salones asomados a la Alameda en donde podían charlar amablemente un café en una época en que la conversación era un arte.

Los comedores eran el decorado ideal para la práctica del brillante orador. Aquí se servían vinos franceses, entre ellos los de *Chateau Margaux* y *Chateau Lafitte*, sin contar otros que se traían en pipas, todos de las *caves* de los Hoteles del Louvre y Gran Hotel de París.

Era una época amable para Chile que vivía un gran esplendor económico gracias al imperio de la minería del salitre y el carbón, siendo presidente de este Club precisamente Luis Cousiño, hijo de don Matías Cousiño, fundador de las minas de Lota.

Don Luis Cousiño refinó el ambiente del Club de la Unión y creó espacios para la buena conversación culta, erudita y de viajes. Asiduo visitante a estas tertulias literarias fue el escritor colombiano Jorge Isaac (1837-1895), el autor de *María* (1867) que fue socio transeúnte del Club de la Unión por seis meses durante 1872.

Pocos años más tarde se produjo un problema porque hasta ese momento sólo los hombres podían ingresar al Club a conversar. Aquellos respetables caballeros encontraban aquí un espacio silencioso donde poder fumar habanos, conversar y tomar una taza de café en un ambiente distendido y lejos del mundo femenino y hogareño que mantenían aparte.

Fue en esta época cuando un socio propuso dar un baile en las elegantes dependencias del Club para que de esta manera los miembros presentaran a sus esposas e hijas, y a su vez, estas últimas pudiesen conocer a sus futuros maridos dentro de un mundo social cerrado y elegante. La propuesta tuvo sus detractores, ya que iban a entrar mujeres al Club, pero finalmente se dio el Gran Baile del Club de la Unión en 1875 para lo cual fue encargado a París un afamado cocinero.

Años más tarde, en plena crisis con motivo de la Guerra del Pacífico, el Club entró en un receso y los socios debieron vender la propiedad y trasladarse a la calle Bandera esquina Huérfanos, a un edificio propiedad de la familia Goyenechea que fue facilitado en magníficas condiciones para que siguiera desarrollándose el Club de manera más o menos normal.

Fotografías de este tiempo muestran el Club funcionando en esta espléndida casa con patio en el que se disponían las mesas durante el verano, en medio de macetas con palmas y estatuas.

En 1887 estuvo de visita en Chile don Carlos de Borbón, pretendiente a la Corona Española y representante de las ideas más tradicionalistas y conservadoras. El príncipe fue agasajado por la sociedad chilena y en una reunión a la que asistió fue invitado a un paseo campestre por don Francisco Undurraga, uno de los socios más antiguos del Club.



Otro invitado ilustre fue el Príncipe don Luis de Orleans y Braganza que llevaba en sus venas la sangre de las familias reales del Brasil, de Francia y de Portugal, quien visitó el Club de la Unión en 1907.

Escritores en el Club de la Unión

En estos mismos salones cargados de recuerdos redactó páginas de su afamada novela *Casa grande* el escritor don Luis Orrego Luco que era también socio del Club de la Unión donde solía juntarse a conversar y a observar el mundo social de la clase alta santiaguina para llevarlo posteriormente a las páginas de sus novelas.

Otro observador de nuestras costumbres desde los comedores del Club de la Unión fue don Aurelio Díaz Meza, quien reparó en la tapicería “colorada” de uno de los salones del Club y dijo en una de sus crónicas de la conquista que ese color en tapices de muebles provenía de una moda importada de Lima durante la colonia por las familias de alcurnia venidas de allá y avecindadas en Santiago, entre ellas la de don Alonso de Córdoba.



*Ambiente de las calles céntricas de Santiago
hacia fines del siglo XIX,
con sus características tiendas comerciales.*

Otro escritor asiduo del Club de la Unión fue el brillante periodista don Joaquín Díaz Garcés (1877-1921), que firmaba con el pseudónimo de Ángel Pino en recuerdo de un cobrador de tranvías que conoció yendo a su casa quinta en Ñuñoa y que encontraba simpático y divertido. Ángel Pino escribía muchos de sus artículos de pie en el mesón del Club de la Unión y luego de firmarlos, los enviaba al diario *El Mercurio* o a la revista *Zig-Zag* por medio de un mozo.

El ambiente del Club le servía de inspiración y acicate para la imaginación. Ángel Pino fue un sabio estudioso de las costumbres chilenas, un observador alerta que dibujaba con su pluma ciertos retratos del hombre de la calle y del dandy que bebía su copa de Oporto sumido en un sillón del prestigioso Club del cual era socio. Tan frecuentes eran sus visitas al Club de la Unión que en muchas de sus crónicas costumbristas lo menciona, transcribiendo conversaciones y apuntes del natural, especialmente en los artículos que escribió en el periodo comprendido entre 1913 y 1916.

Don Alberto Edwards, amigo íntimo de muchos años de Ángel Pino, se refiere al escritor del Club de la Unión con su "infinito, su asombroso, su fascinador poder de seducción... Yo recuerdo que cuando llegué de Europa y lo encontré en el Club, escuchado, adorado, embelesando a medio mundo me dije: ¡Pero este hombre es un dios!... En el Club lo adoraban. Cuando lo nombraron académico, le dieron el banquete más grande que se le haya ofrecido en Chile a un particular. Tenía amigos de todas clases... y materialmente los fascinaba".

Era un tiempo en que los escritores necesitaban de la comunicación humana a flor de piel para potenciarse mutuamente en la camaradería y la amistad de la palabra hablada.

Más adelante, en 1917 los socios del Club adquieren el Convento de las Monjas Agustinas que estaba situado en la Alameda, esquina Bandera, pues las religiosas iban a trasladarse a otro lugar más alejado del centro.

Es en este lugar en donde comienza a edificarse el Club de la Unión que conocemos en la actualidad, bajo la supervisión del famoso arquitecto don Alberto Cruz Montt. Muchos años tardó en construirse el soberbio edificio de nobles proporciones que finalmente estuvo terminado en 1925.

Durante los años de edificación, el Club siguió funcionando en la vieja casona de Bandera con Huérfanos donde recibieron la visita del representante de don Alfonso XIII, don Fernando de Baviera, acompañado del periodista José Francos Rodríguez, lo que fue motivo de largos agasajos, porque debido al mal tiempo reinan-

te en esos días en la capital, la visita real se prolongó más de lo previsto y los salones del Club fueron testigos de extensas conversaciones sobre política, viajes, arte, literatura y vida social. Otro visitante ilustre en esta época fue el Príncipe Humberto de Saboya, heredero de la Corona de Italia.

Ya en el Palacio de la Alameda, recibieron la visita del Príncipe de Gales en 1926 que pudo admirar las nobles dependencias de sus salones con esculturas de Rebeca Matte y cuadros de Pedro Lira, Sommerscales, Valenzuela Llanos, entre muchos otros.

Otro escritor asiduo del Club de la Unión fue Jenaro Prieto que, inspirándose en los personajes que frecuentaban estos salones y especialmente los ámbitos de la Bolsa de Comercio, vecina al Club, escribió su famosa novela *El Socio*.

Es en este ambiente sofisticado del Club donde se reúnen las principales figuras de la vida política y diplomática de Chile. Aquí vienen banqueros, abogados, juristas, escritores y conversadores natos provenientes de las antiguas familias chilenas, conscientes de que el ser humano necesita de un espacio para estar entre sus iguales.



Contertulios del Club de la Unión hablando de política, viajes y literatura.



¿Se acuerda del Café Lucerna? Era uno de los Cafés más elegantes de Santiago durante los años 30. Estaba en la calle Ahumada cuando los caballeros del centro usaban sombrero y paseaban en sus automóviles Ford.